

Olivia Moreno Gamboa, *La librería de Luis Mariano de Ibarra. Ciudad de México, 1730-1750*, México, Ediciones de Educación y Cultura, 2009, 159 p.

El tema de la historia del libro ha sido abordado en diversos estudios de historia cultural, lo cual se deja ver con múltiples trabajos al respecto que incluyen a impresores, distribuidores de impresos e incluso consumidores. Esas investigaciones han dejado ver la relevancia de los libros como instrumento de análisis de las sociedades, pues tanto su manufactura como su difusión responden a las realidades en las que se insertaron y muestran los procesos de transformación cultural (e intelectual) de las sociedades.

En el caso de Nueva España, se han llevado a cabo algunas investigaciones que abordan temas relacionados con impresores y comerciantes, así como con bibliotecas tanto de particulares como de corporaciones (en su mayoría eclesiásticas), las cuales han dado paso a estudios sobre las élites culturales novohispanas, las instituciones educativas existentes, la producción y compra de textos con los que se abastecía el virreinato, la transformación gestada en torno a las temáticas que se leían, entre otros temas.

En cuanto a la ciudad de México, como capital de la Nueva España y sede de las principales instituciones tanto administrativas como educativas del virreinato, era la principal sede de las élites culturales y por tanto la mayor consumidora de textos impresos. Hay investigaciones que estudian la forma en la que los libros llegaban a la capital novohispana y en la que eran distribuidos entre sus consumidores; sin embargo, si bien se sabe que las instituciones eclesiásticas recibían remesas de libros, falta por conocer la manera en la que los particulares lograban hacerse de textos para su uso personal. De ahí la relevancia de conocer el papel de las librerías. Por ello, un trabajo como el que aquí se reseña es de sumo interés.

En el libro de Olivia Moreno, resultado de su tesis de maestría, se analiza el caso de una de las más importantes librerías de la ciudad de México durante la primera parte del siglo XVIII. La relevancia del tema, a palabras de la autora, radica en que las librerías son

un instrumento a través del cual se puede profundizar en el comercio y circulación del impreso, así como en los intercambios culturales y transmisión de ideas que eso genera. Sin embargo, el punto más novedoso aquí tratado, y que diferencia a la librería de una biblioteca, es que la librería es un negocio en el que el libro funge como una mercancía consumida por un público determinado o mercado establecido que lo solicita. Esto hace que las librerías, además de ser analizadas en el ámbito cultural, también deban recibir atención en el ámbito comercial (p. 11-12).

Lo anterior tiene coherencia con el objetivo de la obra, el cual fue acercarse al problema de comercio y circulación del libro en Nueva España a través de un caso específico: la librería de Luis Mariano de Ibarra. Analizar dicha librería permitió a la autora conocer tanto el oficio del librero como su especialización e importancia en las redes de abastecimiento, financiación y oferta de libros en la ciudad de México. Según Olivia Moreno, la investigación le mostró que durante el siglo XVIII las librerías fueron negocios frágiles por tres razones: la estrechez del mercado local, la limitada difusión de las prácticas de lectura (centrada en grupos y lugares específicos), y porque el libro era una mercancía cara por estar sometido al monopolio de grandes mercaderes y almaceneros (p. 12-13). Para poder analizar la librería de Ibarra la autora recurrió al inventario de ésta tras el fallecimiento de su dueño, luego del cual iniciaron una serie de pleitos que describieron el origen y la evolución del negocio.

Cabe mencionar que algo que hace novedoso y útil al trabajo de Moreno es la temporalidad abordada. Esto se debe a que al tratarse de la primera mitad del siglo XVIII en primer lugar se estudia un periodo todavía poco conocido; además, se trata de un momento en el que a través del caso estudiado se observa la transición en torno al libro, sus temáticas y su consumo, lo cual enriquece y da nuevas líneas de investigación a los interesados en la historia cultural del periodo de la Ilustración, generalmente abordado a fines del Setecientos. Dicho cambio incluso puede verse a través del personaje estudiado, quien no provenía de familias de libreros o eruditos ligados a labores de impresión, sino más bien a una nueva generación de mercaderes de libros. Otro de los aspectos relevantes de la obra es el hecho de que el tráfico de libros es analizado en un contexto amplio que lo vincula al sistema de monopolio comercial, pues las principales remesas de impresos se hicieron a través del sistema de

flotas y por tanto algunos comerciantes y almaceneros de la ciudad de México participaron en dicha actividad, lo que deja ver el vínculo establecido entre las élites culturales y económicas del virreinato.

La obra fue dividida en tres apartados. En el primero se analiza el tema de la producción y tráfico de libros en el mundo iberoamericano, así como los rezagos que generalmente padecieron con respecto a otros territorios europeos. En la segunda parte se analiza de lleno a la librería y a su propietario, es decir, las circunstancias en las que este negocio inició, la evolución que tuvo, las redes de abastecimiento de libros establecidas, sus fuentes de ingreso o financiamiento, así como su final tras la muerte de su propietario. Por último, en el tercer apartado se hace una relación temática y cuantitativa de los volúmenes en existencia en la librería. Vale la pena mencionar que mientras que los dos primeros apartados son claros, bien analizados y contextualizados con detalle, el tercero es menos analítico pues principalmente se dedica a hacer la relación de los contenidos de la librería. Esto, sin embargo, tiene una razón de ser ya que Moreno explicó que no pretendía incursionar en el análisis de la recepción o lectura de los libros pues su objetivo principal era centrarse en su distribución. Además, la autora aclara que el tema de las librerías tiene el problema de que no existen demasiados trabajos similares con los cuales se pueda establecer diálogo o hacer comparaciones. No obstante, la relación realizada permitió a la autora aventurar hipótesis sobre el tema del consumo del libro.

En el primer apartado, la autora analiza la industria tipográfica española y su rezago con respecto a otras de Europa, lo que la lleva a depender de remesas de libros extranjeros, situación que también se vivió en Nueva España. Esto explica el establecimiento de redes de tráfico de libros. La autora explica las razones por las que la producción tipográfica hispánica fue modesta, como el apego a los temas religiosos o el uso del latín. Además, el poco apoyo real a esta actividad llevó a que incluso algunas obras del Siglo de Oro español que circulaban en España e Hispanoamérica fueran de manufactura extranjera. Si bien el siglo XVIII significó cambios importantes en la industria tipográfica europea, así como en los contenidos de la producción resultante (abaratarse los costos de impresos, incremento de literatura profana, aumento de novela y decaimiento de lecturas religiosas, mayor uso de lenguas vernáculas en detrimento del latín, entre otros) en España y sus colonias los cambios fueron tardíos

pues la imprenta continuó careciendo de tecnologías novedosas, había pocos lugares de impresión, existían monopolios otorgados principalmente a instancias religiosas, se carecía de personal calificado y seguía existiendo censura. Fue hasta el reinado de Carlos III cuando hubo revisiones y algunas reformas en torno a la labor de los impresores y en la legislación que limitaba su producción. Pese a los cambios implementados, al parecer se continuó dependiendo de los libros de manufactura extranjera, por lo que el comercio de libros se prolongó hasta finales del siglo XVIII. En cuanto a la distribución se refiere, Moreno explica cómo dicha actividad se vinculó con los impresores que llegaban a distribuir su trabajo y a los comerciantes-almaceneros que se encargaban de llevar los cajones de libros a la ciudad de México. Estos últimos fueron estudiados a partir de los registros de mercancías de las naves que llegaban a Veracruz. Dichos registros le permitieron a la autora analizar tanto el abasto de libros como sus fluctuaciones, las cuales podían deberse a cuestiones comerciales o bélicas.

La segunda parte se refiere directamente a la librería a partir del análisis de la vida de Mariano de Ibarra. Esto se hace analizando su formación como abogado, los trabajos que desempeñó y las razones por las que posteriormente se volvió comerciante de libros. Para ello la autora recurrió a investigaciones que abordan a los juristas laicos novohispanos y las actividades en las que solían emplearse, lo que posteriormente dio pauta para comprender las razones por las que Ibarra fungió como administrador de la tesorería de la Congregación del Oratorio de San Felipe Neri, así como su posterior incursión como librero. Según Moreno, es posible que la experiencia y contactos adquiridos en dicho trabajo le permitieran a Ibarra establecer su propio negocio. Además, dicho personaje también se desempeñó como revisor de libros del Santo Oficio, actividad de la cual es probable que adquiriera el conocimiento sobre los principales libros consumidos en el virreinato y por tanto del posible mercado al que había que dirigirse. Lo anterior permite a la autora explicar las redes de abastecimiento de libros con las que se vio vinculado Ibarra, las cuales generalmente se ligaron a las transacciones de los grandes mercaderes, y en menor medida a las almonedas públicas y a los impresores.

En la última parte la autora sugiere que las librerías novohispanas no fueron lugares de socialización e intercambios culturales como sucedía en algunas ciudades europeas. Prueba de ello es la

cuestión del espacio, esto es, la ubicación de la librería en una planta alta (debido a las inundaciones padecidas en la ciudad), lo cual deja ver a este negocio como un sitio en el que podían adquirirse artículos de lujo como en ese momento eran los libros y no como punto de encuentro. Es en este apartado donde Moreno da cuenta de los textos existentes en la librería, los cuales divide en temáticas, cantidades y formatos. Los temas principales que detectó fueron religión, derecho, literatura, historia, ciencias, diccionarios y vocabularios, política y economía, educación, arte y técnicas. Dicho acomodo permitió a la autora formular hipótesis sobre el aumento de las lecturas profanas y en lenguas vernáculas en detrimento de las religiosas y en latín.

Finalmente, cabe mencionar que pese a las lagunas existentes en este estudio, y que la autora explica se deben a la carencia de trabajos similares, en realidad esta es una obra sugerente de la cual pueden seguirse líneas de investigación diversas que a la larga enriquecerían el conocimiento de las sociedades del Antiguo Régimen.

Guadalupe PINZÓN RÍOS  
Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas

